

IX. Levantamos las paredes de nuestra comunidad

Leonor: Yo recuerdo que en pueblo nos llevábamos la vida en misa, en el rosario, en las novenas, en todo lo de la Iglesia. Al llegar aquí me fui un día a la parroquia de Hostafrancs, y me sentí yo allí muy sola entre tanta gente. Como no entendía nada de lo que decían, se me hizo aquello tan grande y tan diferente que ya no volví a ir.

Lo de la religión lo he viendo aquí todo muy distinto. Allí, si no ibas a misa, era un pecado, si decías palabrotas, era un pecado... Al comienzo todavía iba alguna vez a la iglesia cuando no había nadie, y así estaba mejor. Rezaba. Pero luego, como ya no podía ir, porque sirviendo sólo tenía unas horas libres el domingo y las empleaba para pasear, llegué a la conclusión de que no me hacía falta ir a la iglesia para rezar, que podía rezar en cualquier sitio. Pero algunas veces voy todavía a la iglesia del barrio.

Soy un poco tradicional en esto, y por ejemplo, tengo a los críos en colegios religiosos, porque siempre me ha gustado que siguieran la religión, que supieran ellos lo que es el cristianismo. En el pueblo, desde luego, teníamos esas ideas a la antigua: de ir a misa, creer en Dios y todo eso. Luego al venir aquí, apenas he ido y la gente que ha venido de los pueblos, tampoco ha continuado. Aquí nos hemos criado como, no sé, como salvajes.

Porque hay que tener fe no sólo creer. Sí, crees en Dios y ya está, pero si nadie te habla de este Dios y nadie te explica nada, entonces te crías como un salvaje.

A pesar de que en esto de la religión soy un poco antigua, no entiendo cómo algunas familias se empeñan todavía en cosas tan pasadas como el traje de la Primera Comunión y cómo les puede parecer tan importante llevar a las niñas vestidas de largo. Parece que no comprenden el cambio grande que ha habido y que la religión no es eso.

Antonia: En los pueblos ¿cómo diría yo? la iglesia es la única diversión que hay, el ir a misa: vas a misa por estrenar vestido o a que te vea la otra. Yo entonces, aunque era una chiquilla, no iba con esta idea: iba porque me gustaba. Pero a lo primero de llegar, cuando iba a misa allá en Hospitalet, como a lo mejor había poca gente de los pueblos, pues la decían en catalán. Yo no me enteraba de nada. Era una cría y me dije: «Ya no voy más a misa, porque para ir y no enterarme de lo que dicen, pues no voy». Y ya no fui más.

Y después, cuando trabajaba en la Siemens, había un chico que iba a misa cada domingo, y siempre decía:

— ¿Por qué no vas tú a misa?

— No, —le decía yo—, yo no voy nunca a misa.

— Ah, pues si fueras mi novia, yo te haría ir a misa, ya lo creo que te haría ir.

— Bueno, me harías, o no me harías, ya lo veríamos.

Sólo volví a misa cuando mi hijo hizo la comunión. El se quedaba a la Catequesis y yo me metía en la misa. Y luego, después continué yendo siempre.

También puse a mis hijos en colegios de curas y monjas, porque creía que éstos al no tener familia estarían más sobre los críos; pero he estado muy equivocada, porque no están. Tienen curas para la religión, pero tienen profesores para lo demás, y los hay buenos y malos, no están sobre ellos. Los tienen abandonados, quien quiera estudiar, estudia, pero quien no, le dejan abandonado. De la niña, en las monjas, sí que estoy contenta.

Además, para el chiquillo, pago un disparate. Es que los curas cobran mucho y siempre están pidiendo. Un recibo de 1.750, otro de 900 de no sé qué, y además otras 400, porque dicen que no les llega la ayuda del Estado. Pues entre todo, cerca de 3.000 pesetas. y además pago la gimnasia, que van a natación, 200 pesetas. Pues entre el niño y la chica, más de cuatro mil pesetas al mes. En fin, hacemos lo mejor para los hijos, y luego no sabemos si nos equivocamos o no. Yo ya no le puedo controlar, porque a lo mejor le digo que estudie, pero no sé si se sabe la lección o no, porque no le puedo hacer de profesor, ni mi marido tampoco. Estoy arrepentida de haberlo metido allí. Mi marido muchas veces me lo ha dicho: «¿Ves? Tú los has querido meter allí y, fíjate...»

Antonio: Nosotros éramos muy creyentes. Pero tanto hemos pasado, y hemos visto injusticias tan grandes y tan palpables, y la Iglesia consentida y metida en ello, que hemos dicho: «Ahí, detrás de eso, no puede haber nada bueno. Cara a los trabajadores, cara a lo que nosotros buscamos, no hay nada bueno».

Vicenta y yo hemos rezado rosarios muchas veces, lo tenemos ahí colgado, y no lo tiraríamos, no, no...

Vicenta: Cuando Antonio vino licenciado de la mili —porque nosotros nos casamos muy jóvenes, con quince años yo ya tenía a la Antonia— pues cuando llegó, nos entramos en la habitación y yo le digo:

— Antonio, vamos a rezar el rosario.

Y lo rezamos. Fue lo primero que hicimos. Y Antonia, de pequeña hizo la comunión, y yo también de pequeña hice la comunión, pero no sé, hemos pasado tanto, tanto, tanto, que dice uno: «Bueno ¿qué pasa aquí? ¿Somos todos iguales o qué pasa?». Y ya es por eso que cambias.

Antonio: Con que yo me quedé en no ser religioso. Además, un día escuché unas palabras de un científico alemán por la radio, que me sembraron mucha huella. Decía exactamente que en concreto, en concreto, no se sabía nada acerca de nada. Y yo, cada palabra que me dicen o que oigo y veo que tiene fundamento, me baso en ella.

Florentino: Yo creo que Agueda, dejó de ser religiosa cuando empezó a salir conmigo. No porque yo le dijera nada a ella; ni a ella ni a nadie, que yo creo que eso es sagrado: al que le gusta la misa, que vaya. Lo que pasa es

que como yo nunca he ido, eso quizá ha influido en ella, aunque cuando nos conocimos, ya iba muy poco.

Yo es que religioso no lo he sido nunca, ni aquí ni en el pueblo. Tengo un recuerdo muy malo. Si yo a los curas de este barrio los hubiera conocido con sotana o no les hubiera visto por aquí en el barrio, como unos luchadores más, ahora les tendría rabia, porque yo a los curas les tengo tirria. Es que, coño, las injusticias que han hecho... El trabajo de cura es un oficio más, y ya está. Pero muchos se han aprovechado de él.

En el pueblo mi hermana iba a un colegio de monjas. Entonces en los colegios guardaban una cartilla de escolaridad que tenían que entregar al otro colegio que entrabas. Pues en la cartilla de escolaridad que le dieron, ponía: «¡Ojo, hija de rojo!».

Con el cura está pasando lo mismo ahora que con los empresarios. Tanto decir «no tengo perras», que el trabajador no se lo cree. Mientras no enseñen las cuentas, no los creemos. De todas formas, yo creo que ahora ya van saliendo otros con los que se va teniendo más confianza.

María: ¡Se han reído de nosotros! ¡Ya lo creo! Y eso se paga. Que si se paga... ¿No lo estamos ya pagando nosotros?. Sobre todo digo yo, por la conciencia que nos han formado: que si Dios aquí, que si Dios allá, que si Dios castiga. Luego resulta que yo quiero trabajar y no me dan trabajo, que tengo que comer y no tengo pan y que tengo hambre, y por la conciencia esa no puedo saltar a la casa de la vecina aunque ella sea rica, porque por robar pan me castiga Dios... Pero ¡ellos sí que podían comer a nuestras espaldas! ¡Y lo comían del presupuesto de todos!

Por eso no pienso enseñarles a mis hijos la religión, ¡y mira que en casa hemos sido religiosos y los somos todavía! ¡Si mi casa, entre curas, frailes y monjas, parecía una sacristía continua...! Me he criado yo entre ellos, se puede decir; pero por eso los he visto demasiado de cerca. En resumidas cuentas, yo llevaré a mis hijos a sitios que sean cristianos, pero a centros católicos, no. Que cojan lo poco que les puede dar su padre, que yo no. Yo sólo les enseñaré lo que es la vanidad, para que no caigan en ella. De lo demás, prefiero que les enseñe el destino.

Hasta pienso que al final acabarán saliéndose con la suya y nos darán y todo con la puerta en las narices; porque ya nos la están dando ahora: ¿Qué tenemos que ir al cielo? ¡Pues sí! Pues estaría bueno que ahora Dios no existiera... Acabaríamos ya para tirarnos una piedra. El cielo, sí, pero yo creo que ya lo deberíamos tener aquí.

Mira, hoy mismo, ha venido una de esas de Jehová, y le digo:

— Oiga usted, no me hable a mí de Biblias, porque la mía está allí con polvo encima y no la he leído nunca.

— Mire usted señora, que se la dejo y se la regalo.

— Llévesela, que yo no la quiero.

— Señora ¿cuál es su Dios, el de la Biblia que tiene llena de polvo, o el dinero?

— Pues mira, —le digo yo—, la Biblia es para vivir, y el dinero también; que el dinero es el pan para mi alma.

Nada, que yo a veces me quedo atontada, lo veo todo como para desmoralizarse. Tantos sacerdotes y luego veo que no hay nada de cristiano ni de humanidad. Que no tiene solución ¡vaya!, que vamos todos para el charco. Sólo confío que los chicos tendrán mejor vida.

Raya: Mi madre siempre iba a misa, pero yo en el pueblo ya no iba. Por ejemplo, el guardabosques era el hombre más malo que había, y siempre iba a tomar la comunión. Yo en el pueblo no he tenido nunca relaciones ni con los cristianos, ni con los curas, ni con nadie. Aquí tampoco. Cuando me casé, nos casamos por la Iglesia por ser una cosa monótona, por casarse, pero no por tomar una actitud de cristiano. Nunca he visto nada claro el montaje de la Iglesia, pero aquí en el barrio he visto que con los cristianos que hay, me resulta fácil identificarme y lo he manifestado en público muchas veces.

Ya las cosas de la iglesia las veo un acto más de convivencia y de fraternidad entre los hombres. Concretamente, yo bauticé a un hijo por Pascua. Fue un bautizo muy bonito. Hicimos una fiesta, se bautizó en la Casa de la Reconciliación y se hizo una hoja pidiendo la amnistía, que era cuando se pedía la amnistía para todos los presos políticos. Fue bautizado en la Amnistía, que quiere decir perdón.

Dora: Creo que la religión aquí es distinta, porque es una clase de religión que se preocupa por los problemas de la gente, y cualquier otra religión solamente se preocupa de que se vaya a misa y hablar del Evangelio y todo esto. Por ejemplo, el otro día una señora en la peluquería me comentó que había asistido a una misa de funerales y a una comunión y que no comprendía qué tenía que ver eso con la política. Y yo le contesté que más vale oír los problemas que la gente tiene que no estarte escuchando el Evangelio. Y es que aquí la religión tal como se vivía de ordinario en los pueblos, ya no vale.

Beatriz: La gente todavía conserva aquella fe del pueblo por dentro, pero lo de la misa ya mucha gente lo dejó. Yo no había ido a misa desde que me casé, y la primera vez que asistí a misa aquí, cuando vi a la gente comer, yo pensé ¿qué es lo que dan?, porque yo no sabía que se cogiera la comunión uno mismo.

Además, yo tengo dos niños que no he bautizado. Los dos primeros sí, pero los dos segundos ya no los he bautizado. ¡Las veces que lo tenemos comentado esto con Rafael, mi marido! pero él no se mete en estas cosas, las deja para mí, y yo no sé si estará bien o estará mal, pero yo no los he bautizado...

Rafael: Los que se quedan sólo con esta religión de santos y de vírgenes no quieren la religión para la vida. Aquí en el barrio hemos visto que la religión no son sólo devociones, sino que sirve para unirse y luchar y para entender muchas cosas que ignorábamos, para tener más cultura. Yo aquí no voy a misa, participo en las cosas del barrio, pero a misa no voy; ahora, cada año por Semana Santa voy al pueblo de donde soy, de Almería, porque le tengo prometido llevarle las andas cada año al Cristo. Me cuesta caro y pierdo las vacaciones de Semana Santa, y algunos dirán que esto es una tontería. Que digan lo que quieran, pero a mí esta devoción no me la quita nadie.

Juana: Algún domingo llegaba mi marido tarde, a la una o a las dos del mediodía y al preguntarle me dijo que venía de la misa del Instituto. Yo también fui un día, y me encontré a Jaime, Ramón y José M^a, que estaban invitando a la gente a quedarse, porque, decían, en el barrio falta de todo. ¡El frío que pasé yo aquel día en la sala de profesores! Estuvimos diciendo que cada

uno estaba encerrado en su piso, que nadie se preocupaba del otro, y que había que empezar ya.

Damián: Yo muchas veces le decía a mi cuñada: «Es raro que aquí no haya una iglesia». Porque ella ya me había dicho que en el Instituto había visto salir una novia o dos y digo: «Coño, eso sería una familia que se casa, que tiene un sacerdote y que alguien de la familia se casa ahí, porque ha estudiado o por lo que sea». Pero todo esto así, hablando entre nosotros, no teníamos orientación alguna.

Ya después nos fuimos enterando. Un día que estaba Jaime hablando en las escaleras, me paré y escuché un rato y empezamos a ir. Entonces se decían allí las misas. Por cierto que a la madre de la niña aquella le sentó muy mal que su hija no pudiera hacer la primera comunión de blanco, con su trajecito, sus flores, su rosario, y lo llevaba todo en el bolso y a la salida de la misa salió a ponerle todo aquella a la chiquilla.

Teresa: En este barrio la gente se ha ido conociendo entre sí, se ha tratado y hablado gracias a la Parroquia; que allí no sólo hemos ido a misa, sino que nos hemos reunido y hecho fiestas muchas veces. De ahí han nacido después amistades. De nosotros puedo decir que todas las amistades que tenemos aquí, en los bloques, han sido por la Parroquia. La Parroquia como que nos ha acercado un poco a todos.

María: Yo también creo que en el barrio a mucha gente le ha servido la Parroquia. Nosotros estuvimos aquí un año, yendo a misa a La Florida; no sabíamos que aquí en el barrio había misa, hasta que un día bajamos y vimos que salían los bautizos del Instituto, y entonces nos enteramos.

Angeles: Lo que aquí nos ha reanimado ha sido lo que se ha hecho en el barrio comenzando por la Parroquia. Los primeros años los pasamos muy mal, de verdad, pero cuando luego poco a poco ha ido creándose esa armonía y hemos ido relacionándonos con los demás...

Al principio, cuando nos enteramos, empezamos a ir a misa los domingos al Instituto; era una cosa que nosotros la habíamos vivido en nuestro ambiente, había sido eso de ir a misa todos los domingos como una obligación.

Cayetano: Además de una obligación, nos sentíamos satisfechos. Si no íbamos a misa, nos quedaba como algo que teníamos que hacer, y si no lo hacíamos, quedábamos insatisfechos... además escuchábamos algo allí que no habíamos escuchado nunca: que desde el sermón se apoyaba al trabajador, que se iba por los derechos del hombre, y es que en nuestra tierra, entre curas y no curas, hay más franquistas que otra cosa.

Mas: Durante mucho tiempo se estuvo discutiendo en los grupos de comunidades cristianas si los locales de la parroquia tenían que construirse o no. Algunos eran partidarios de que no. Decían que en un barrio pobre y sin los servicios necesarios, que no tenía que ser la Iglesia lo primero en construirse. Además, decían, la fe es una cosa interna de las personas y que tenía que vivirse en pequeños grupos y en la intimidad como ya lo hacíamos. Pero por otra parte otros decíamos que si no había nada, la parroquia podría ser el lugar para todos, que la Iglesia en aquel momento tenía un poder y que tenía que emplearse en favor del pueblo. Era por los años 71 y 72, y todo estaba prohibido.

Ruiz: El tema de la construcción de la Iglesia y los locales, lo tratamos mucho con otros compañeros. Vimos que era una necesidad. Y que si la Iglesia iba a ser para el pueblo, un lugar para sus necesidades, pues sin duda había que tirar para adelante y nosotros a pechos para adelante, echar horas y lo que fuera. Estábamos entonces en la Escuela de Adultos, y el Pedro, que también estaba en la Escuela y que era el que lo veía más difícil, se tiró allí unas vacaciones.

Gloria: La construcción de los locales en que funcionan la Iglesia y algunos servicios del barrio, ha sido el pilar de esta unión que tenemos en Can Serra. Se consultó al barrio sobre su construcción o no y sobre la forma y el destino que tendrían. Entonces se deshechó la forma tradicional de Iglesia con campanario, altar, imágenes y demás...

Se habían hecho gestiones con el Ayuntamiento. Primero para saber dónde iba, porque nos dieron el peor terreno, tierra de relleno y poco firme. Luego para el permiso de la construcción. El alcalde Matías de España lo prohibió. Con los antecedentes que el alcalde tenía de la parroquia de Can Serra que estaba en el local D-6. El ambiente era adverso para este tipo de construcción que nosotros queríamos. El alcalde dijo que si hubiera sido una Iglesia con forma de Iglesia, con campanario, hubiera dado permiso, pero que para estos locales, no. Capdevila al principio dijo lo mismo, pero al fin dio el permiso.

La fiesta de la colocación de la «Primera Pared» ya fue todo un símbolo. Era el 16 de julio de 1974 y dio la casualidad que aquella misma mañana se habían pegado carteles a la salida de misa del Instituto en la pared de la Carpa. Yo entonces era el presidente de la Asociación de Vecinos. Por la tarde todos pusimos un ladrillo como primera pared simbólica.

Durante aquel verano se quedó mucha gente para trabajar. Algunos prescindieron de sus vacaciones o hicieron horas extras desinteresadamente. Todo el mundo derrochó ilusión y en medio de problemas económicos y de esfuerzos se sacó adelante la empresa. Venían a trabajar ancianos y niños, como aquella mujer a la que recuerdo pintando puertas, una señora de unos 65 o 70 años.

Las paredes se levantaron con el sudor del barrio. Jóvenes, abuelos y niños en una misma ilusión... Decíamos «levantamos las paredes de nuestra comunidad», «construimos el barrio». Y era verdad, estábamos construyendo la armonía del barrio.

Alejandro: Yo me sentía muy solo en este barrio. Quería hacer algo. Por eso yo me metí en eso de la construcción de la Parroquia. Yo creo que si engordé fue de satisfacción. Yo veía que aquello iba de buenas intenciones cara a nosotros... ¡Y el tute que me pegué! Porque lo que es trabajar, trabajaré mientras pueda. A las reuniones no me atrevo.

Mas: Y muy bien dado a los locales el nombre de Casa de Reconciliación. Porque lo que cuentan son las personas, independientemente de lo que crean. La construcción se hizo por todos, cristianos y no cristianos, y por gente de diferente manera de pensar políticamente. Esto ha impuesto una línea de actuación en el respeto a las personas. Y se está consiguiendo en el barrio muchas cosas por esta unidad. No ha habido una lucha seria que no haya dado su punto. Y esto da mucha moral.

Es eso lo que ha hecho que a los locales se les tenga respeto. Ya la gente

se ha dado cuenta que no son locales de curas, sino que son del barrio, ya no hay aquel miedo de antes...

Ruiz: Los locales hay que reconocer que cumplieron su cometido y lo siguen cumpliendo. Fue cantidad de gente del barrio a construirlos. Ahora, si, por ejemplo, nos hubiera dicho Jubany: «arreglen un brazo al Jesucristo de la ermita esa...» pues nosotros le hubiéramos respondido: «que le pongan uno de escayola...»

Joan: Me ocurrió a mí una anécdota graciosa. Ibamos puerta por puerta llamando y buscando a antiguos compañeros de la construcción para que fueran a echar una mano. Uno me dijo: ¿Y tú que no te acercas por la Iglesia me pides que vaya a construir de balde una?»

Teresa: Yo encuentro que la construcción de los locales ha ayudado mucho a conocer a la gente, por ejemplo a Alejandro yo le conocí en la construcción, y a más gente... Desde la formación de la Parroquia y de los locales en el barrio siempre ha habido más conocimiento, más unión.

Leonor: A partir de aquel domingo empezaron las fiestas de los domingos por la tarde. A lo mejor nos juntábamos unas quinientas personas cada domingo, que por entonces era mucho. Aquello casi no se podía creer. Viti fue el gran animador y componía canciones para todo. Chocolatadas para los niños, el homenaje a los abuelos, la fiesta para las mujeres, la plantada de árboles alrededor, el día que hicieron cura a Jaime, cuando vino el Obispo... y mientras tanto luchando por otro lado con lo de la Carpa.

José: Yo empecé a participar con todo eso del barrio a raíz de la construcción de los locales y de la fiesta del día del árbol.

Manuel: Yo he participado en las luchas del barrio, y, dentro de lo que cabe, también participé en los locales, en la construcción. Precisamente mi niña se bautizó allí cuando estaban ya los materiales metidos dentro y se estaba echando el pavimento, la solera. En esta ocasión invité a todos los que colaboraban en la casa ésta de la Parroquia y así, con lo de mi niña, comenzaron las fiestas aquellas de todos los domingos por la tarde.

Yo ya entendí que una iglesia así hace más bien que una iglesia de la otra forma, una iglesia para tener allí, decorada, y solamente para ir a rezar o a lo que sea, con esto no se saca nada, como ocurría con la iglesia del pueblo. Como el Norte está en el Norte y el Sur está en el Sur, he aquí la diferencia entre la iglesia del pueblo y esta otra iglesia. De la forma que se plantea aquí se pone al servicio del pueblo y pone todas sus experiencias para que el pueblo sepa llevar una vida mejor. Y así se enseña a la gente.

Gloria: ¡La de inauguraciones que llegamos a hacer, para celebrarlo continuamente! Aparte del día de la colocación de la primera pared, ya el día 8 de diciembre ocupamos los locales por primera vez con una fiesta e inauguración por la tarde. Por Navidades se ordenó Jaime y vino el Obispo. Luego, ya en enero del 75, con la plantación y Fiesta del Árbol, inauguramos los alrededores. Y el 24 de junio la Fiesta de la Reconciliación.

Una de las cosas que más han pesado en el barrio, ha sido el manifiesto de la Reconciliación, que luego se ha leído tantas veces.

Este ambiente de fiesta continuo te ayuda a tratarte más con los demás. Para mí son muy importantes las fiestas de Navidad y de Pascua con la Comida del Cordero, porque en una misma fiesta de unión se juntan creyentes y no creyentes. Ya sé que el origen de estas fiestas es de la Parroquia, pero participan todos, sobre todo en la del Cordero, comiendo todos en los locales.

Avelino: Cuando inauguramos los locales fue impresionante. Había una chica, —Mary Carmen se llama—, que cuando iba a hablar, de repente se echó a llorar por todo lo que sentía entonces. Y yo le dije: «Ya sabemos lo que quieres decir, no hace falta que hables; tu sentimiento te lo dice: estás acongojada de ver este milagro, de ver este milagro que ha ocurrido aquí».

A la clase obrera siempre la han tenido por una razón u otra, como terrorista. Nos llaman terroristas. «Mira, —le dije—, este pueblo, el pueblo, nosotros somos los terroristas, aquí estamos todos los terroristas, ¡los terroristas somos los que hemos levantado estas paredes!».

Porque aquello fue un milagro; porque a pesar de que no teníamos ni descanso, estábamos disfrutando porque hacíamos una cosa con aquella fe, con fe, no por compromiso ni por un decir... Te pasaba uno por casa a decir: «Oye, que allí hace falta, a ver si te pasas...» y, «bueno, —decías—, ya pasaré, ya pasaré». Y pasábamos, porque ya sabíamos que allí había hombres, conscientes de nuestras necesidades, dispuestos a ampararnos, no de éstos que han estado engañando al pueblo en la ignorancia, sino de los que se sienten más del pueblo que de los de arriba. Yo de todos esos, les respeto su religión, porque tienen su conciencia y ven donde está el verdadero Evangelio, que no está en el «no hay que matar», «no hay que robar», «no hay que tal ni que cual...», sino en amparar al desgraciado. El capital, revestido de lo que sea, aunque sea de la Iglesia, lo desmantela todo; pero nosotros le tenemos que hacer frente con dignidad, y éste será nuestro terrorismo. Muchos me dicen... «si un día te llega la tuya...» Y yo les digo: «Si un día llega la mía, a mis enemigos, al que mató a mi padre, yo le respetaría la vida; la de ése y la de otros...»: ¡Este es mi terrorismo!: les enfrentaría con mi perdón.

Lo mismo que ganar la Carpa ¡también ha sido terrorismo! Ese es el tipo de terrorismo que nosotros hacemos.

Juana: El día de la inauguración, ya lo he dicho, me di un hartón de freagar... Suerte que llegó la Asun para la sala grande, porque yo estaba muy cansada. Si incluso pensé que no podría ir a la inauguración, a la verbena que había por la noche, de cansada que estaba. Pero, nada, llegué a casa, me metí un ducha y fue como si no hubiera pasado nada. Era la noche de San Juan del año 75.

La verdad, nunca pensé que se iba a lograr hacer un edificio entre todos con esas salas tan hermosas. Mientras fregaba pensaba: «pero, ¿será posible? ¿será posible que todo esto sea para el barrio? ¿será posible que todo esto se haya conseguido?»

No sé, nos hemos divertido mucho allí, y ahora creo que la gente se sigue igual divirtiéndose. Recuerdo sobre todo al principio: yo y mi Pablo estábamos deseando que nos dijeran algo para ir. Era algo como si tuviera un imán.

Felipe: Si ahora un pesar tengo es por no haber tenido ocasión para ayudar a hacer los locales. Es que nosotros acabábamos de llegar y no estábamos al corriente de esto del barrio. Me acuerdo que estuve una vez en un andamio ayudándole a uno a echar ladrillos, pero nada más porque venía con mi mujer a dar un paseo y no nos pudimos quedar; y me sabe mal ahora el no poder decir: «Mira, esta pared de allí de la Casa de Reconciliación, ésta la he hecho yo», o por no poder decir «el suelo de esta habitación lo he puesto yo». Porque según lo que se está llevando aquí a cabo, es como si hubieras trabajado para tí, porque lo que se desarrolla aquí es algo... Esta es una casa que protege al obrero.

Damián: Yo entré en contacto con el movimiento del barrio, precisamente pintando los locales. Después de una Asamblea Democrática, cuando todavía no estaban pintados, Jaime me dijo a bocajarro por qué no venía a pintarlos. Todavía no nos conocíamos, pero vine y me encargué yo.

Lo cierto es que estos locales, por el hecho de haberse hecho así, han sido un lugar de encuentro no sólo para Can Serra, sino para todo el movimiento popular de l'Hospitalet. Si ocurría alguna cosa importante a nivel general y la gente no sabía a donde acudir, venía espontáneamente aquí como a su casa.

Así ocurrió cuando el fusilamiento de Txiki, que pasamos toda la noche allí reunidos y sin saber qué hacer; cuando la muerte de Franco y otras muchas veces.

Antonio: La idea que yo tenía de los locales no es ésta que estamos viviendo. Mi versión no llegaba a esto... Por eso, yo no apoyaba una iglesia en los locales, sino una escuela, un instituto o algo así. Pero hoy ya veo que en una escuela no se podría haber llevado a cabo lo que se ha hecho en los locales y hoy voy de acuerdo con que sea una iglesia y voy a la iglesia.

Vicenta: Por eso, cuando nos preguntaron:

— ¿Qué quiere que se haga en el barrio?, y pedían ayudas, —yo dije:

— Si es para escuelas, o profesional, o parvulario o lo que sea.. esas quinientas pesetas que tengo, éstas las doy. Ahora, si es para iglesias, pues no doy nada.

Si lo apuntaron o no, yo no sé lo que harían. Pero quinientas pesetas dimos; hicimos este sacrificio, pero para escuela.

Y ahora yo lo veo muy bien, ¿que iglesia?, pues ¡iglesia! ¡Muy buena que es! que ¿escuela?, pues ¡escuela!. Pero la versión que teníamos en aquella fecha no me empujaba a la iglesia. Esto es.

Antonio: Pero ahora ya estoy convencido de que esto no es aquello que yo viví en el pueblo. Esto va para lo que nosotros buscamos. Entonces, yo, como defendiendo a la escuela, pues me vuelco sobre la Escuela de Adultos. Y allí, ¿qué quieres que te diga?, allí me siento yo mismo, porque lo que sé puedo ir ahora allí a enseñarlo.

Raya: Por eso yo ya he dicho que no bauticé a mi hijo en una Iglesia cualquiera, sino en esta iglesia, y lo bauticé en la Amnistía y Reconciliación el día de Pascua.

Julián: Esta forma de los locales a nosotros nos ha enseñado otro modo de religión. Al principio nos impresionó mucho esta forma. Al entrar por primera vez nos dijimos: «¿Esto es un salón, o un garage, o qué?» A mi madre la llevé un día. Ella está acostumbrada al sistema antiguo, santos por aquí, santos por allí, agua bendita por aquí, agua bendita por allí. Cuando salimos le dije que eran testigos de Jehová. Mi madre es muy inocente y se lo creyó enseguida:

— ¿No ves como visten y que no tienen santos ni agua bendita?

— ¡Ay hijo! con que tíos te has juntado.

Toda la religión aquí es muy distinta que la del pueblo. Por ejemplo, cuando el bautizo de mi primer niño, yo la pasé también negra con la guerra que tuve

con mis padres y con mis suegros. Yo no quería bautizarlo. Yo quería dejarlo así y cuando fuera mayor que se bautizara.

Anastasia: Lo que encuentro a faltar en este tipo de iglesia es que haya algunos santos para poner alguna vela y no que siendo del barrio y teniendo a mi nieto bautizado aquí, que me tenga que ir a poner la vela a otra iglesia. Porque, cuando a mi hija la operaron o pasa algo, siempre prometo una vela y me toca ir siempre a la iglesia de Sant Ramon, y eso es lo que a mí me parece mal.

Sr. Miró: Yo a misa voy muy poco, pero a los grupos cristianos de aquí encuentro que son muy humanos, que hacen un sacrificio por el barrio, por nosotros. A los curas los conozco a todos personalmente, y he tenido contactos con ellos y los encuentro razonables y muy nobles, aunque no acudo a la Iglesia. Eso sí, yo entro allí en los locales como si fuera mi casa y hago lo que puedo por ellos, porque lo siento. A mí lo que me gusta en la religión es que sea social. Alguna vez que he pasado a misa aquí he oído que hablaban del barrio, de los problemas nuestros...

Dicen que ayer una señora protestó porque en la iglesia se estaba hablando de problemas sociales, porque a los de Cerámicas Barcelonesas los dejaron en la calle. Si esta persona que protestó hubiera sido religiosa de verdad, hubiera pensado en que estos señores tienen un problema y hay que solucionarlo. Ahí está el detalle.

Engracia: Sí, que hablaron los de las Cerámicas, pero además había un duelo de un chico de veinticinco años y, claro, eso duele. Aquel día no había tarima, pero hablaron de unas cosas y de otras, y la gente que no viene a misa y ve esas cosas, dice: «esto no es misa, ni es ná...»

Leonor: Hay mucha gente que esta casa no la ve bien. Dicen: «Son protestantes y además siempre nos meten en jaleos de manifestaciones y tal. Que son muy jaleantes, vaya». Entonces yo salgo a favor: «¡No habléis tanto! ¿No habéis visto lo que han conseguido?» Y lo dicen porque no saben. Si vinieran y vieran... Hay mucha gente que se ha hecho socia, porque van viendo que todo lo que hacen es para bien y ya van pensando diferente de como pensaban antes.

Lo sé por aquella chica que dejó de venir... No le parecían bien las cosas que aquí se hacían o decían. Por ejemplo, yo me acuerdo cuando fusilaron a Txiki. Yo aquel día vine y después hubieron muchas críticas dijeron que no tenían por qué meterse en política, que esto era una Iglesia y que venían a escuchar misa. Tan en contra estaban —que esto no sé si se sabrá— que del Ayuntamiento mandaban un policía cada domingo a misa, por si se hablaba algo que no se tenía que hablar. Lo sé por mi hermano que trabaja allí, que en el Ayuntamiento tienen a la parroquia como unos revolucionarios, que todo lo arman ellos.

Esta chica llevaba la niña a las monjas y yo también, y nos encontrábamos en el camino, y comentando acerca de esto y le dije un día:

— Yo lo veo muy bien esto que hacen.

— Ah, pues yo no encuentro bien que hagan esto y lo otro.

Y yo me enteraba de todo esto también por la tienda.

Es que ella, cuando empezaron a meterse con todas estas cosas, como tenía un hermano policía y su padre policía no estaba de acuerdo con los ataques contra las cosas de Franco o de los policías. Y entonces ella seguramente le fue quitando al marido las ideas de que viniera por aquí y así fue que al final dejaron de venir.

Nieves: Las cosas han cambiado tanto en esto de la religión. No se lo pueden creer en mi pueblo. Ahora mismo cuando vamos y contamos lo de la forma de esta iglesia, le hace a la gente mucha sensación. Pero dicen los curas ahora que es así, pues así será. Pues ya le dije a uno de los padres una vez en un baile: «Es la primera vez en mis años que he visto bailar a un señor cura». Pues si las cosas han cambiado tanto, pues hay que darles paso a todos. Aun con mis 76 años, que no son pocos, yo también lo comprendo.

Ahora a los jóvenes en los institutos y en los colegios no les enseñan la fe, porque mi nieta dice que la religión que dan ya no es religión. Y eso lo encuentro feo: que les den ciertas explicaciones así. Y que vean los jóvenes que si el divorcio, que si el aborto... ¡Hombre, por Dios! eso es un crimen, decir esas cosas a los jóvenes, eso es como un crimen.

No sabemos explicarnos o no sabemos comprender ya la vida, pero yo lo encuentro eso como una cosa fatal. Porque lo principal es decirle a la chica que la honradez hasta el final, hasta que ya venga al matrimonio. Yo le digo a mi chiquilla que el hombre y la mujer siempre han sido lo mismo, pero que un poco más de respeto en medio de la calle...

Engracia: Si voy a decir mi opinión sobre la sala que se utiliza para misa, para escuela y para teatro, pues por nosotras que lo tenemos todo conocido, está bien, pero que venga una familia de duelo y vea el escenario ese, la tarima y lo demás, a la gente le molesta, claro. El otro día hubo un entierro en mi escalera y a los mayores, lo de los difuntos nos causa impresión, y nos gusta que se respeten.

Raimundo: La práctica religiosa impuesta en el pueblo, los emigrados la dejan en su mayor parte. Pero aquí se comenzó con una práctica distinta, una religión que te presenta las cosas que ocurrían en el barrio, en el país. Esto a mí me gustó de esa manera. Es posible que a otra gente más tradicional le cayera mal.

Mas: Sí, había en algunos reticencias. Se extrañaba al principio sobre todo la gente mayor, de la manera de plantear la misa en forma de mesa redonda, participada, tocando todos los problemas. Pero si al principio se acusaba a los curas de políticos o comunistas, hoy es el día en que ven todo esto con naturalidad y les sorprendería que las cosas fueran distintas.

Paqui: Yo me siento mucho más humana que antes, aquella religión me parecía muy mojigata, esta religión me hace mucho más humana.

Julián: La religión que yo vivía allí en el pueblo, no era una religión, porque los obreros estaban por un lado y los patronos por otro y el cura se inclinaba por éstos. La forma como se lleva aquí me convence, porque es familiar, todos iguales. Desinteresada. Oía en otra Parroquia de Hospitalet a los amigos que a ellos les cobraban por los servicios religiosos, y en cambio aquí no, cosa que ellos no querían creer. Me encuentro muy a gusto en los locales. Hay familiaridad y armonía.

Matilde: A mí la comunidad cristiana de Can Serra me ha hecho bien, porque es sencillo, todo familiar y eso a la gente tímida le ayuda.